

La visibilidad del proyecto revolucionario y las nuevas tecnologías

Raoul Victor
2006

Traducción: Carlos Lagos Paredes

Publicado en el libro "Sarai Reader 06: Turbulence", Sarai Media Lab., Delhi, India, 2006. Texto original en inglés disponible en www.sarai.net/publications/readers/06-turbulence/05_victor.pdf

¿Cómo explicar las debilidades y fracasos de los movimientos revolucionarios del siglo veinte? ¿Qué lecciones sacar para el futuro?

En relación con estas preguntas, discutiendo con Jacques Wajnsztein¹, apunté:

"Creo que una de las cosas que más faltó en 1917-23 así como en 1968-74 fue la visibilidad del proyecto revolucionario, y creo que mañana, sobre todo gracias a las consecuencias de la globalización (incluidas las catástrofes y amenazas que ésta acarrea) y gracias a los actuales adelantos tecnológicos (el desarrollo exponencial de las 'tecnologías de la información y la comunicación'), el proyecto de una sociedad post-capitalista, sin fronteras y sin intercambio mercantil, podría ser mucho más fácilmente comprensible, más palpable que antes."

Asimismo, subrayé la importancia de esta "visibilidad" en cuanto a la posibilidad de conectar las demandas económicas de los proletarios con las luchas revolucionarias:

"Es inútil tratar de comprender las posibles conexiones entre lucha económica y lucha revolucionaria, sin tomar en cuenta la visibilidad del proyecto revolucionario. Es muy difícil oponerse radicalmente a la lógica capitalista cuando se está convencido de que es la única lógica posible."

La primera de estas ideas obtuvo una respuesta sagaz por parte de Wajnsztein:

"Lo que llamas *visibilidad del proyecto revolucionario* no es más que la consciencia de la revolución del capital y lo que ésta permite. Los horrores de la Primera Guerra Mundial y la feroz explotación y empobrecimiento de Alemania no condujeron a una visión más esclarecida del mundo, y sin embargo desde el punto de vista de la teoría del proletariado tales horrores fueron percibidos como condiciones favorables. En cuanto a los años sesenta, podría decirse que entonces hubo ciertamente una apertura a nuevas relaciones sociales, siendo más bien la dimensión política lo que se echó de menos. Pero hoy día, ¿cómo puedes hablar de la visibilidad de tal proyecto cuando la única idea que predomina es que vivimos en el tipo de sociedad menos malo posible? (...) No hace falta discutir lo que habrá que hacer mañana, ya que aquello se impondrá por sí solo (...) Haríamos mejor en creer el discurso del capital acerca de la necesidad e inevitabilidad de todo lo que sucede (...) los individuos pueden sentarse a esperar. ¡La automatización y la comunicación global lo resolverán todo! Pero de ser así, jamás habrá ninguna revolución, sino únicamente el progreso de la catástrofe y de la barbarie en las relaciones sociales."

Con distintas variantes, el punto de vista de Wajnsztej es, desafortunadamente, habitual entre los “viejos” revolucionarios. Partiendo de una justificada denuncia de lo que el capitalismo hace y puede hacer con las nuevas tecnologías, desembocan en una auténtica tecnofobia - muy en boga en esta época tan proclive a la desesperación – y de un modo pueril atribuyen a las máquinas una responsabilidad que recae sobre el sistema social que las gobierna².

Intentaré responder a algunos de estos argumentos, mostrando que el capitalismo no tiene un control absoluto sobre todo lo que las nuevas tecnologías posibilitan; trataré de mostrar que las nuevas prácticas sociales surgidas de ciertas cualidades inherentes a los bienes digitales³ y del desarrollo de internet, se desenvuelven sobre una base abiertamente no mercantil; que estas prácticas no pueden sino seguir desarrollándose y que con el tiempo (¿10 ó 20 años quizás?) se van a convertir en un factor decisivo en el despliegue de la visibilidad del proyecto revolucionario.

A fin de evitar malentendidos, partiré precisando lo que entiendo por “visibilidad del proyecto revolucionario”.

He usado el término “proyecto” en su sentido más tradicional, tal como está definido en el diccionario: “imagen de una situación, de un estado de cosas que se cree alcanzable”. Tener un proyecto revolucionario significa visualizar y representarse, con más o menos precisión, la nueva sociedad, el mundo post-capitalista.

Henri Simon comentó este asunto durante una discusión acerca del vínculo entre luchas económicas y luchas revolucionarias:

“Un proyecto, tal como lo entiende Raoul, debe necesariamente ser muy vago, en el sentido negativo más que positivo del término; y en caso de ser preciso, inmediatamente queda obsoleto al desarrollarse las tecnologías y métodos de producción del que ese proyecto había emanado en primer lugar”.

En el mismo sentido, Marx ya había explicado en el siglo diecinueve que no quería ofrecer “recetas para resolver los problemas del futuro”; y asimismo Rosa Luxemburgo, a principios del siglo veinte, insistió en la idea de que para caracterizar la nueva sociedad sólo contamos con meros puntos de referencia, sobre todo negativos.

Ciertamente es difícil, si no prácticamente imposible, prever con exactitud cómo podría ser una sociedad post-capitalista, ya que, para empezar, esa sociedad será obra de unos seres humanos que por definición habrán dejado atrás las estructuras alienantes del capitalismo; y en segundo lugar, porque en ella las técnicas y relaciones de producción habrán sido transformadas radicalmente. Sin embargo, es absurdo pensar que después de un siglo y medio de experiencia histórica y de desarrollo tecnológico todavía no tenemos nada que añadir a los grandes y vagos principios generales formulados al comienzo. Aunque sea en un sentido negativo... ¿acaso la experiencia rusa y su fracaso no nos ha enseñado nada? ¿No tenemos nada que agregar a las ideas sobre el comunismo enunciadas en la época del carruaje tirado por caballos y de las “telecomunicaciones” mediante banderas de señalización?

Creo que, aun cuando permanezcamos en el nivel de los grandes principios e indicaciones generales, hoy tenemos un poco más de material para dar forma al proyecto revolucionario de lo que teníamos hace un siglo.

Dicho esto, lo esencial para el desarrollo de la energía revolucionaria no es poner por escrito nuevas fórmulas sobre cómo será o podría ser una sociedad post-capitalista. Lo que es más importante, y lo que más faltó en el pasado, es la “visibilidad” de este proyecto – aunque esa visibilidad se reduzca a sus formulaciones más generales –, la posibilidad de percibir en la realidad presente las condiciones de su realización.

En este sentido, comparto la preocupación expresada por Christian⁴ cuando responde, acerca de estas cuestiones:

“Los revolucionarios se reúnen y elaboran sus ideas para un proyecto comunista, para una comunidad humana, basándose en lo que saben *hoy*. De eso se trata el proyecto leninista: están los que saben y están los que no saben. Los revolucionarios traen consigo las Tablas de la Ley.”

Pienso que en efecto, hasta ahora, la idea de una sociedad comunista, sin intercambio mercantil, sin clases, sin fronteras ni estados, con demasiada frecuencia no pasaba de ser una “abstracción dogmática”, para usar la expresión de Karl Nesik: una

abstracción a la que la realidad parecía no querer darle carne y huesos, a no ser en la forma grotesca de un capitalismo de estado brutal. Escasamente la evolución de la sociedad había hecho hasta hoy que el proyecto comunista fuera visible.

Pero entonces surge una cuestión crucial: la revolución anti-capitalista sólo puede ser obra de la inmensa mayoría de la población, y debe ser necesariamente el fruto de una acción consciente. Tal consciencia no puede resultar del discurso – por bien expresado que esté – de una minoría de revolucionarios “iluminados”. Solamente la práctica histórica, la evolución de las condiciones materiales y sociales, puede convencer a miles de millones de individuos, incluyendo a los “revolucionarios”, de que su discurso tiene una base sólida. Como se afirma en el *Manifiesto Comunista*:

“Las proposiciones teóricas de los comunistas no descansan ni mucho menos en las ideas, en los principios forjados o descubiertos por ningún redentor de la humanidad. Son todas expresión generalizada de las condiciones materiales de una lucha de clases real y vívida, de un movimiento histórico que se está desarrollando a la vista de todos.”

Si se la entiende en este sentido, la visibilidad del proyecto revolucionario durante el siglo veinte fue muy restringida. Esto no le da la razón a Wajnsztej.

La revuelta contra los horrores de la Primera Guerra Mundial y su resultado fue sin duda el principal estímulo de la oleada revolucionaria que pondría fin a ese primer conflicto mundial. Pero es por eso mismo que la visibilidad del proyecto revolucionario fue tan limitada. Por lo general, lo que se persigue mediante una agitación contra la guerra – lo cual es comprensible – no es la revolución, sino la *paz*. Y la paz, en sí misma, también puede ser capitalista. La burguesía alemana había aprendido las lecciones de la revolución rusa, y se apresuró a firmar el armisticio tan pronto como surgieron en Alemania movimientos revolucionarios contra la guerra. Asimismo, en cuanto se restableció la paz, el movimiento revolucionario perdió su fuente de energía. Los experimentos revolucionarios, que continuaron en Alemania hasta 1923, fueron siempre obra de una minoría ínfima. Es más, puesto que los sucesos revolucionarios tuvieron lugar solamente en países que habían sido derrotados en la guerra, el problema de la sociedad futura tendió inevitablemente a ser planteado en términos nacionales y no globales.

En cuanto al “Faro” de la revolución de octubre, las hambrunas del “comunismo de guerra”, los nuevos horrores de guerra (civil esta vez) y la brutal dictadura de una burocracia totalitaria hicieron que los sucesos en Rusia sirvieran más bien para prevenir contra la idea misma de revolución, proporcionando en cambio un auténtico modelo de “capitalismo de estado”.

En los movimientos sociales de fines de los sesenta el proyecto revolucionario no se hizo ver con mayor claridad. La lucha contra la guerra de Vietnam tuvo un papel importante en la reconstrucción de una imagen benigna de los regímenes “anti-imperialistas” de tipo stalinista. Entre los jóvenes, que jugaron un papel tan determinante en esos años, tanto en las universidades como en las fábricas, los modelos ruso, chino, cubano y de “autogestión” yugoeslava, etc., siguieron ejerciendo una fuerte influencia distorsionadora. Incluso si una parte del movimiento afirmó su oposición a tales modelos, de un modo que no se había hecho en décadas, tampoco se avanzó más allá del simple rechazo. El capitalismo seguía disfrutando de sus “treinta años gloriosos” del boom de postguerra, y en las manifestaciones contra el desempleo se luchaba por “la mantención del pleno empleo”, porque ésta parecía ser todavía una demanda realista. El problema de saber cómo sería una sociedad post-capitalista era una preocupación apremiante sólo para una pequeña minoría.

Wajnsztej embellece las experiencias pasadas y expresa una pobre opinión sobre la consciencia de la generación actual:

“Hoy día, ¿cómo puedes hablar de la visibilidad de tal proyecto cuando la única idea que predomina es que vivimos en el tipo de sociedad menos malo posible? Hasta los oponentes a la globalización han pasado del *anti* al *alter*. Es asombroso ver hasta qué punto se razona con los términos del capital.”

Para empezar, no he dicho que en la actualidad, hoy día, haya una visibilidad clara y generalizada del proyecto revolucionario. No acabo de llegar de otro planeta. Me ubico dentro de una perspectiva y hablo de un proceso que puede tomar años, hasta décadas, pero que está ocurriendo incluso en este momento. Además, y sin tener que retroceder hasta este punto, creo que no es verdad que la única idea predominante hoy en día sea que “vivimos en el tipo de sociedad menos malo posible”. En el pesimismo que domina el ambiente, la idea más extendida es que esta sociedad se dirige hacia un desastre social y ecológico de proporciones planetarias. La idea más en boga hoy en día es que “los niños de hoy vivirán

peor de lo que vivieron sus padres". La consciencia de la generación actual es, en cierto modo, más clara que la de quienes vivieron en los períodos de 1917-23 y de 1960-70, especialmente respecto a los temas que son fundamentales desde el punto de vista revolucionario: es decir, la visión global de la sociedad y del sistema que la gobierna, por un lado, y la pérdida de toda ilusión acerca del capitalismo, por otro. Los "treinta años gloriosos" hace tiempo ya cedieron su lugar al desempleo masivo y crónico, a la inseguridad y al miedo acerca del futuro. La falta de visibilidad del proyecto revolucionario sigue siendo el principal problema, pero, como veremos, es también lo que ahora está cambiando.

En todo caso, antes de seguir quiero responder al argumento algo espeso de Wajnsztej: según él, sostengo que la revolución será el resultado automático del desarrollo tecnológico inducido por el capital. Para responder a esto será necesario que recordemos la conexión entre el desarrollo de las fuerzas productivas y la aparición de una sociedad nueva.

Wajnsztej escribe:

"No hay ningún cuestionamiento del capital. Simplemente tenemos que sentarnos a esperar su crisis o su descomposición, esclavizados al 'sentido' de la historia. Haríamos mejor en creer el discurso del capital acerca de la necesidad e inevitabilidad de todo lo que sucede (...) los individuos pueden sentarse a esperar. ¡La automatización y la comunicación global lo resolverán todo!"

Wajnsztej desfigura lo que digo, o finge no entenderlo para evadir las preguntas. Nunca he afirmado que desde una perspectiva revolucionaria el desarrollo tecnológico bajo el capitalismo haga innecesaria la acción de los "individuos" o de las clases. Por el contrario, lo que hice fue abordar el problema de la evolución presente y futura de las fuerzas productivas partiendo por interrogar las debilidades de la lucha revolucionaria en el pasado, y aquello que podría permitirnos superar esas debilidades en el futuro.

Si hablo de "visibilidad", es en relación a los individuos y a las clases. ¿De qué otra cosa podría tratarse? ¿De las máquinas?

¿Qué es lo que trata de afirmar Wajnsztej? ¿Qué los "individuos" revolucionarios deberían asumir las posibilidades revolucionarias sin tomar en cuenta la evolución tecnológica de las fuerzas productivas? ¿Qué no hay diferencia entre construir el comunismo con computadoras y medios de comunicación globales y hacerlo con los medios materiales disponibles a comienzos del siglo 19? ¿Por qué no, entonces, con los que se contaba en la antigüedad, digamos en la época de Espartaco? Marx afirmó:

"Los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado."

Los ejércitos de Espartaco derrotaron a las legiones romanas y vieron crecer el número y mejorar la disposición de sus tropas, pero no pudieron formular ningún proyecto realista para una sociedad sin clases ni explotación. La revuelta de Espartaco, que para el imperio fue la más importante y peligrosa, no estaba en condiciones - no más que cualquiera de las otras revueltas de esa época - de instaurar un nuevo orden social. Y los intentos que se llevaron a cabo terminaron reproduciendo las relaciones de esclavitud. Las *jacqueries* campesinas del Medioevo contra la nobleza feudal chocaron con los mismos límites.

Fue necesario esperar el advenimiento del capitalismo y la explosión de las fuerzas productivas que éste desencadenó, para que el proyecto de una sociedad sin explotación empezara a tomar una forma coherente, no religiosa, con bases firmemente ancladas en la realidad.

La propiedad, que permite a algunos seres humanos disponer de otros, de su vida, de su trabajo, no puede desaparecer si no se destruye aquello que la hace "útil" para la vida de la sociedad. La propiedad privada y su corolario, el intercambio mercantil, son los medios más efectivos para administrar la escasez material. El proyecto de una sociedad no mercantil sólo puede basarse en la posibilidad de ir más allá de ese estado de escasez. No se puede distribuir gratuitamente un producto sin hacerlo abundante en relación a las necesidades existentes. Y eso requiere de un grado de desarrollo de las fuerzas productivas que sólo ha sido alcanzado con el capitalismo. El socialismo utópico, el anarquismo, el marxismo, todas las teorías socialistas del siglo diecinueve, fueron al mismo tiempo productos de la revolución industrial. Por supuesto, se

puede discutir qué nivel de desarrollo del capitalismo es necesario para su superación, pero la necesidad de tal desarrollo es evidente para quienquiera que entienda que el proyecto revolucionario no es una simple invocación religiosa.

“Automatización y comunicación global” son realidades desarrolladas bajo el capitalismo moderno, y si hay algo cierto sobre ellas es esto: su desarrollo e impacto sobre la vida social no pueden sino incrementarse bajo el capitalismo, obligado siempre a aumentar la productividad del trabajo y la globalización de sus mercados. Éstas son las circunstancias con que los hombres “se encuentran directamente” - y que ellos *no eligen* - para hacer con ellas su propia historia futura.

La pregunta de Wajnsztein sobre qué pasaría si estas realidades fueran “lo único que cuenta”, como si los “individuos y clases” pudiesen desaparecer súbitamente, no reviste ningún interés, y es más que nada una evasión. El verdadero problema, simple pero crucial, es: para los individuos y clases que anhelan el fin del horror capitalista, ¿el desarrollo de las nuevas tecnologías va a facilitar u obstaculizar la posibilidad de revolución, particularmente la visibilidad del proyecto revolucionario?

El desarrollo de las nuevas tecnologías ¿hará que se puedan percibir mejor los contornos de la nueva sociedad posible?

Los efectos de las nuevas tecnologías sobre la viabilidad del proyecto revolucionario se despliegan en dos dimensiones, interconectadas entre sí. La primera se relaciona con el incremento en la productividad del trabajo; la segunda concierne a los nuevos tipos de práctica social que ello hace posible.

Respecto a la productividad del trabajo, sólo insistiré en recordar el hecho de que la condición para hacer que los productos estén libremente disponibles, y por tanto para eliminar el intercambio mercantil, depende de la posibilidad de su abundancia. Más allá del problema de las limitaciones naturales y de la forma de organización social, este aspecto depende del incremento de la productividad del trabajo, o de la ‘actividad productiva’, si no queremos usar el término ‘trabajo’.

El premio Nobel Robert Solow declaró en 1987: “Vemos computadoras por todas partes, excepto en las estadísticas.” En ese momento, de hecho, la productividad, tal como se mide según el volumen de la producción (medida en términos monetarios) dividido por el empleo (número de trabajadores u horas trabajadas), no había experimentado un crecimiento ostensible respecto al pasado. Pero en la segunda mitad de los 90 esto empezó a cambiar: la introducción de computadoras en todas las áreas ha tenido efectos enormes, afectando por cierto negativamente los niveles de empleo en las economías occidentales. La importancia de esta evolución impresiona aun más si, en vez de medirla en términos monetarios (el precio de los bienes producidos) se la evalúa *físicamente*, según el valor de uso producido por la misma cantidad de trabajo.

Las nuevas tecnologías provocan un trastorno cualitativo en la tasa de crecimiento de la productividad, y por ende en la posibilidad de un mundo sin escasez, donde “todos pueden recibir de acuerdo a sus necesidades y aportar de acuerdo a sus capacidades”, según reza la vieja pero aún válida fórmula. De este modo podría verse reforzada la visibilidad de un proyecto de sociedad liberada de las leyes del capital, que bloquean esta evolución. Cuando el esfuerzo necesario para satisfacer las necesidades humanas se reduce a un ritmo acelerado, y cuando ello se vuelve visible, es más fácil imaginar un mundo donde los bienes estén libremente disponibles.

Sin embargo, quisiera enfocarme especialmente en las nuevas prácticas sociales que permiten las modernas tecnologías. Para entender cabalmente el significado y el alcance de esto hoy, creo que existen dos condiciones esenciales. La primera se sitúa a nivel cualitativo y consiste en saber reconocer el carácter no mercantil, y por tanto no capitalista, de estas prácticas. La segunda se sitúa a nivel cuantitativo, y consiste en apreciar la realidad e importancia de estas prácticas para la vida social dentro de una perspectiva temporal de varios años, o incluso de décadas.

Wajnsztein y con él un cierto número de revolucionarios tecnófobos, ven en la evolución de las tecnologías sólo lo que el capital hace y puede hacer con ellas, y concluyen que ello sólo puede conducir a la “barbarización de las relaciones sociales”. Así, nos muestran cómo el desarrollo de internet y de todas las aplicaciones de la electrónica llevan a una expansión e intensificación del comercio, a la mercantilización de la vida social, al control y vigilancia de la vida de los individuos, al mejoramiento de los medios de destrucción y auto-destrucción, etc. Pero sólo ven eso, ignorando, a menudo con irónico desdén, todo un universo que al mismo tiempo se desarrolla y se construye sobre bases no mercantiles, es decir, no capitalistas. “En la miseria sólo ven miseria”, como le reprochaba Marx al pensador social anarquista Pierre Joseph Proudhon. Perciben la extensión de las relaciones mercantiles y capitalistas a todos los aspectos de la vida social, pero no se

dan cuenta que simultáneamente se está desarrollando un sector que escapa a esa lógica.

El comercio capitalista a través de internet representa un área en plena expansión, y la World Wide Web se ha vuelto un instrumento esencial para cualquier empresa competitiva. Pero, al mismo tiempo, internet constituye desde ahora el mayor experimento abocado a *compartir* y distribuir libremente bienes no mercantilizables, que se haya llevado a cabo en toda la historia de la humanidad. Las perspectivas de comunicación via internet, sumadas a la proliferación de bienes digitales, han generado y están generando un desarrollo sin precedentes del *compartir*. Este fenómeno tiene tres aspectos:

- Se comparten bienes digitales.
- Se comparten esfuerzos individuales para el desarrollo de un proyecto, una obra común, pública.
- Se comparten medios materiales (computadoras).

La práctica de compartir bienes digitales (software, piezas musicales, imágenes, planos, películas, libros, comics, juegos electrónicos; en una palabra: todo lo que se pueda digitalizar) es la forma más obvia de este nuevo tipo de actividad. Esto incluye a la persona que sube a la red sus fotos de vacaciones; al historiador aficionado que publica los resultados su última investigación; al hacker que pone a libre disposición programas protegidos por derechos de autor, acompañándolos con generadores de contraseñas que permiten eludir las protecciones comerciales y 'valladas de seguridad' con lo cual se permite su uso gratuito; grupos de ingenieros que publican planos de construcción, etc. Lo que llamamos "tecnología P2P" (peer-to-peer, o *red de pares*) se ha desarrollado para mostrar públicamente los contenidos disponibles y para permitir el libre acceso a ellos, poniéndolo a disposición de todos sin que haya intermediarios centralizados. Este sistema emplea software que permite "tomar" o descargar directamente en una computadora los bienes digitales alojados en otra. No se trata de "intercambio" en el sentido estricto del término, pues no implica ninguna reciprocidad sistemática. Cada uno puede tomar del montón lo que desee, independientemente de si también aporta algo o no. Es una lógica totalmente extraña a las relaciones mercantiles.

Esta práctica se está volviendo masiva, sobre todo entre la gente joven. Se estima, por ejemplo, que en 2004 sólo en Francia a cada instante 4,6 millones de personas intercambiaron música mediante sitios web no autorizados. Esto plantea problemas cada vez más acuciantes para la industria musical y cinematográfica, así como para la industria informática y para los creadores de software pagado. Las políticas de los gobiernos contra lo que ellos llaman "piratería" se desarrollan con rapidez. Sin embargo temen, y con razón, que una represión demasiado sistemática no haga más que estimular el desarrollo de un mundo paralelo donde, por ejemplo, los músicos y otros creadores ofrezcan sus obras gratuitamente por internet. Es interesante notar que ciertos economistas "modernos" habían anunciado el fracaso de la tecnología P2P ya en sus inicios, argumentando que su funcionamiento no cumple con las reglas básicas de la "racionalidad económica" basada en el egoísmo individual. Anunciaron sabiamente que todo el mundo se apresuraría a tomar de la red, pero que nadie estaría dispuesto a dar, a hacer el esfuerzo de poner algo gratuitamente a disposición de los demás. Más tarde algunos reconocieron su error y la necesidad de "reconsiderar" la teoría. Al menos, reconocieron que hay algo nuevo. El viejo pero eficaz argumento contra la idea de una sociedad verdaderamente comunista – el argumento del "egoísmo humano" – ha quedado desmentido, no en base a consideraciones éticas, sino en la práctica. Luego volveremos sobre este punto.

La práctica de compartir esfuerzos individuales con tal de desarrollar una obra colectiva es un aspecto relativamente menos conocido que el compartir música y películas, pero es probablemente más significativa y anuncia lo que podría ser la vida de una sociedad post-capitalista. Ya he escrito algunos textos acerca del *software libre* ⁵, donde he intentado mostrar cómo éste tipo de software, que puede tomar la forma de bienes de consumo o de producción, depende para su creación y distribución de principios no mercantiles. Incluso si hoy algunas empresas comerciales como IBM o Sun toman parte en este tipo de producción, por razones de calidad y también motivadas por su guerra contra el monopolio de Microsoft, la mayor parte del software libre es fruto de la cooperación de miles de programadores voluntarios y apasionados a través de internet. Consideremos GNU/LINUX, sistema que permite el funcionamiento básico de una computadora y que constituye el software libre más conocido y de mayor distribución: se calcula que es obra de más de 3.000 programadores y de una masa de más de 10.000 colaboradores y verificadores anónimos, repartidos por más de 90 países.

Otro ejemplo significativo de voluntades y esfuerzos compartidos es la enciclopedia libre Wikipedia, que es producida incesantemente por colaboradores voluntarios a través de internet y que está a libre disposición de todos. Ni en la producción ni en la distribución de esta enciclopedia intervienen las relaciones mercantiles. El control de los contenidos queda asegurado por los participantes mismos, con un mínimo de centralización o sin ninguna en absoluto. Técnicamente,

funciona por completo en base a software libre. Nacida en 2001, hoy existe en 80 lenguas distintas. La versión inglesa, que naturalmente es la más desarrollada, contenía más de 450 mil artículos a comienzos de 2005; la versión alemana, que es la segunda en importancia, contiene 195 mil artículos, la japonesa 97 mil, la francesa 78 mil... la versión china, 13ª en la lista, contiene 19 mil... a fines de 2004, se estimaba que cada día eran consultadas más de 13 millones de páginas de Wikipedia⁶. ¿Cómo logra existir esta obra colectiva, carente de gobierno y de censura, sin que sea destruida por actos de vandalismo, que obviamente existen y siempre son posibles? Es la colectividad misma, la acción de cada participante, lo que asegura la protección de la obra y el cumplimiento de ciertas reglas implícitas. Sin duda tiene muchos más partisanos y colaboradores que críticos y detractores. Y, hasta ahora, con eso ha bastado. El modelo Wiki se está expandiendo ahora a otras áreas de actividad. Constituye una nueva forma de cooperación y de producción colectiva, y es no comercial.

La práctica de compartir equipos es el tercer aspecto de esta forma de actividad hecha posible por las nuevas tecnologías. Por el momento, consiste en compartir voluntariamente la capacidad de las computadoras personales. Esto tiene que ver especialmente con el trabajo de investigación científica que requiere cantidades astronómicas de cálculos numéricos, y que normalmente exige el uso de computadoras tremendamente poderosas y muy costosas. La idea consiste en reemplazar estas super-máquinas por redes de miles de computadoras personales conectadas a través de internet. Éstas reciben paquetes de datos desde un centro a través de la red y los devuelven, ya procesados, a dicho centro por la misma vía. Los usuarios de computadoras personales pueden dejar que los cálculos se realicen automáticamente en sus equipos mientras no los usan, o bien en tándem mientras los usan sin emplear el máximo de su capacidad.

Uno de los primeros casos de este tipo fue el análisis de la abrumadora masa de señales de radio recibidas del espacio mientras se buscan evidencias de civilizaciones extraterrestres. En 1993 el Congreso de Estados Unidos decidió cortar el presupuesto asignado a la NASA para este proyecto, tras lo cual los científicos pidieron voluntarios a través de internet para poder continuar. Hoy los voluntarios se cuentan por millones, y desde entonces esta forma de cooperación voluntaria se ha desarrollado en muchos campos de la ciencia. Se emplea, por ejemplo, en la investigación de cadenas proteicas en la Universidad de Stanford. Este estudio, que también requiere de cálculos matemáticos masivos, puede ser crucial para el tratamiento de enfermedades como el Alzheimer o el cáncer, en las que al parecer inciden cadenas proteicas defectuosas.

Estas prácticas colaborativas prosperan y se desarrollan paralelamente al mundo del lucro. Debido a su inédita eficacia, tienden a convertirse en presa de la voracidad de las empresas comerciales, que ven en ellas un medio para apropiarse de trabajo gratuito, un arma en su competencia con otras compañías, e incluso una manera de mejorar su imagen pública. En ciertos casos, algunas de estas prácticas también enfrentan la represión por parte de los gobiernos, que preparan nuevas estructuras legales destinadas a mantenerlas bajo control. Pero sea cual sea su grado de interpenetración con el mundo capitalista, independientemente de su choque con la vigilancia y el control, estas prácticas constituyen una realidad cualitativamente nueva, profundamente distinta de las relaciones mercantiles.

Este nuevo tipo de actividad social está, en su mayor parte, recién comenzando; pero las formas que ha adoptado hasta ahora son el primer paso en un dominio que no dejará de crecer en tanto transforme las antiguas prácticas y genere otras nuevas. Las posibilidades abiertas son infinitas, y a medida que internet crece, la creatividad de unas nuevas comunidades posibles no puede sino crecer con ella. Se estima que había cerca de mil millones de usuarios de internet a comienzos de 2005 y 1.200 millones en 2006. Es mucho, si se considera cuántos había sólo cinco años antes; es muy poco, si se tiene en cuenta al segmento de la humanidad que no tiene acceso a la red de redes. Por lo demás, las prácticas no mercantiles son sólo una parte de la realidad de internet, que, por lo demás, se ha vuelto una herramienta indispensable para el comercio y para la organización de empresas y gobiernos. Con todo, estas prácticas son una demostración concreta de que el intercambio comercial y la persecución del lucro no son las únicas motivaciones humanas para actuar socialmente y vivir juntos, al contrario de lo que la ideología dominante repite *ad nauseam*. Y esto no es irrelevante, cuando de lo que se trata es de prever la posibilidad de un proyecto revolucionario.

La influencia de estas prácticas en el cuerpo social, y dentro de las clases explotadas en particular, sólo puede adquirir relevancia con su desarrollo y extensión, y ello tomará tiempo. ¿Cuánto? Sería aventurado tratar de adivinar. Si la cantidad de usuarios de internet sigue incrementándose como hasta hoy, en seis años éstos podrían alcanzar la mitad de la población mundial, y exceder los seis mil millones en diez años⁷. Esto es sólo una proyección mecánica que ignora algunas cuestiones importantes, como la distribución social del acceso a internet o qué papel tendrán las actividades no mercantiles, la práctica de *compartir*, en este fenómeno. De lo que podemos estar seguros es que su desarrollo es inevitable, por dos razones fundamentales:

- La imparable carrera de la productividad, verdadero nervio de la guerra comercial capitalista, induce la utilización cada vez más intensa y generalizada de las tecnologías digitales. Lo cual significa que la cantidad de bienes que pueden ser digitalizados (y por ende libremente reproducidos), así como la proporción de lo 'digital' en cada mercancía producida, no puede sino aumentar.
- Las relaciones basadas en la exclusión del pago, en la libre cooperación y en el desdén por las fronteras, constituyen la manera más eficaz de administrar las tecnologías de comunicación y procesamiento de datos.

Éstos son los elementos que dan forma a las “circunstancias con que los hombres se encuentran directamente”, en las que podemos prever que los seres humanos “harán su propia historia”, para citar a Marx una vez más. Sin embargo, la evolución de estas condiciones objetivas y la posibilidad de aprovecharlas, dependen de la conciencia de los hombres. En la actualidad, ¿de qué está hecha la conciencia de la gente implicada en estas prácticas no mercantiles ligadas al desarrollo tecnológico? ¿Pueden tales prácticas aportar a la generalización de una conciencia revolucionaria anti-capitalista?

Wajnsztein aborda el problema, indirectamente, cuando a fin de subrayar el carácter completamente negativo de toda dinámica tecnológica (que él identifica sin excepción con las dinámicas del capital), afirma:

“Con toda seguridad, en diversas prácticas alternativas existe la necesidad de hacer visibles otras posibilidades, y es por eso que decimos ‘alternativa y revolución’ y no ‘alternativa o revolución’. Pero no es la dinámica del capital la que produce esto. Es la resistencia a dicha dinámica. Así tenemos por ejemplo - sin llegar a mistificar este tipo de acciones – las iniciativas contra los Organismos Genéticamente Modificados.”

No sé si Wajnsztein, siguiendo esta lógica, propondría emprender acciones “anti-internet”. Pero independientemente de eso, parece que él no ha notado que las prácticas no mercantiles relacionadas con las nuevas tecnologías con frecuencia han surgido en oposición (más o menos vaga), si no contra la totalidad de este sistema, al menos contra aspectos fundamentales del capitalismo, en particular contra el derecho de propiedad privada sobre los bienes digitales, el *copyright*. Internet es en su mayor parte fruto de este estado de conciencia. Desde luego que esto concierne sobre todo a los bienes digitalizables, pero sabemos en todo caso que éstos tienen un papel cada vez más determinante en el proceso de producción; y, a otro nivel, sabemos cuánta importancia reviste la cuestión del derecho de propiedad desde el punto de vista marxista. Como señalaron Marx y Engels en el *Manifiesto Comunista*: “...los comunistas pueden resumir su teoría en esta fórmula: abolición de la propiedad privada”.

Este tipo de contestación puede ir desde la iniciativa elemental del adolescente que “ilegalmente” descarga una obra musical porque le resulta más barato, sin cuestionarse en absoluto su accionar, hasta desarrollos teóricos tan radicales como el *Manifiesto puntoComunista* del profesor de derecho de la Universidad de Columbia Eben Moglen, donde éste anuncia “el derrumbe de la propiedad” y “el advenimiento de un nuevo orden social”.

La contradicción entre el desarrollo de las fuerzas productivas y las relaciones sociales se vuelve incluso más impactante cuando pone en contradicción la realidad de los bienes libremente reproducibles con las leyes de la propiedad capitalista. Al contrario de lo que dice Wajnsztein en su último libro, que “la contradicción entre fuerzas productivas y relaciones de producción ya no es válida”⁸, afirmo que esta contradicción es más real que nunca, y debe ser tenida en cuenta para llevar adelante la imponente tarea de socavar los cimientos de la ideología mercantil capitalista.

Harían falta varias páginas para hacer un recuento de las discusiones y tendencias que atraviesan el entorno de los hackers, a propósito del potencial de las nuevas tecnologías. Una de las principales controversias se relaciona con el problema de qué actitud tomar respecto al mundo mercantil. Por un lado, hay tendencias que buscan integrar mejor las nuevas prácticas en el mercado capitalista; y por otro, hay quienes desean preservar la autonomía de estas prácticas ofreciéndolas como alternativa a las prácticas del sistema dominante. En parte, la capacidad de este tipo de actividad para fertilizar el potencial revolucionario de la sociedad dependerá de la correlación de fuerzas entre ambas tendencias.

Hoy, por una parte, vemos que las luchas de los trabajadores asalariados parecen estar bloqueadas en un círculo de impotencia debido a la falta de cualquier alternativa a la lógica del capital. La no visibilidad de un proyecto revolucionario lleva a divisiones y al desaliento provocado por una lucha en pos de una “...mejor forma de explotación”. Por otra parte, el

movimiento comunal de los hackers choca con los límites del mundo no digitalizable, donde los bienes no son libremente reproducibles. Que estas dos dinámicas puedan superar sus limitaciones depende de que se interpenetren mutuamente, y esto puede verse facilitado en parte por el hecho de que la mayoría de los hackers y animadores de las nuevas prácticas son proletarios, empleados explotados por el capital.

Pase lo que pase, el futuro del proyecto revolucionario no puede ser planteado muy seriamente si no se tiene consciencia de la importancia de estas nuevas prácticas; o si, peor aún, se las rechaza como meras contribuciones a la “barbarización de las relaciones sociales”.

Nunca deja de sorprenderme ver la indiferencia, cuando no el desprecio, con que ciertos “marxistas” contemplan estas realidades, estas evidencias claras de dos nociones fundamentales del marxismo: a saber, que el desarrollo de las fuerzas productivas tiende a moldear las relaciones sociales; y que el desarrollo de la productividad del trabajo lleva al establecimiento de relaciones no mercantiles.

Finalmente, una palabra en relación con el argumento expuesto por Christian: “Si esperamos los efectos de la revolución tecnológica, me temo que en el intertanto el mundo se convertirá en un vertedero”. Es cierto que el impacto ecológico de la sociedad capitalista es alarmante, como acaba de ser confirmado incluso en un informe oficial, *Evaluación de Ecosistemas para el Milenio*, firmado por 1.360 expertos de las naciones Unidas en marzo de 2005. Este informe fija en 40 años el punto de no retorno. Pero, si queremos tener al menos la oportunidad de acelerar el proceso revolucionario, habrá que partir descartando toda tecnofobia, y haciendo un esfuerzo comprometido por discernir las profundas consecuencias del “movimiento histórico que se está desplegando frente a nuestros propios ojos”.

NOTAS

¹ Jacques Wajnsztein es uno de los animadores del grupo *Temps critiques*, que es parte del entorno que en Francia se denomina como *corriente comunizadora*. Ésta se caracteriza por su crítica del determinismo económico y del “objetivismo” que ven como rasgo distintivo del marxismo. Los debates en cuestión tuvieron lugar al interior de la red de discusión en francés.

² En *L'Évanescence de la Valeur*, Jacques Guigou y Jacques Wajnsztein (L'Harmattan, 2004), Wajnsztein cita a Marx a propósito del movimiento *luddita*, una de las primeras expresiones del movimiento obrero en Inglaterra a comienzos del siglo 19, y que se opuso a la industrialización de los talleres textiles: “Hizo falta tiempo y experiencia para que los obreros aprendieran a distinguir entre la maquinaria y su empleo por el capital, y por tanto a transferir sus ataques de los instrumentos materiales de producción a la forma de la sociedad que utiliza dichos instrumentos” (Karl Marx, *Capital*, Vol. I). Wajnsztein (p. 135) considera que éste es “uno de los pasajes de Marx que más merece ser criticado”.

³ Se trata de bienes en forma de un “texto” - compuesto de “dígitos”, de números “1” y “0” - que puede ser usado electrónicamente. Dichos bienes pueden adoptar la forma de un software que controla desde una línea de ensamblaje automatizada en una planta automotriz hasta una simple imagen en una computadora. También pueden tomar la forma de bienes de producción o de consumo. Son únicos por cuanto pueden ser producidos a un costo insignificante y transmitidos, por cable o de forma inalámbrica, a la velocidad de la corriente eléctrica. Una vez creados no es fácil forzar su escasez, una vez creados, no es fácil asegurar su escasez y mantenerlos dentro de los límites normales que la escasez supone. Los bienes ‘digitalizables’ no son necesariamente digitales. Por ejemplo, una pintura se puede “digitalizar”, pero a diferencia de un software, originalmente ésta no es su naturaleza.

⁴ Participante en un círculo de discusión reunido en París.

⁵ Ver “Free Software and Market Relations”, <http://www.oekonux.org/texts/marketrelations.html>.

⁶ Estos datos corresponden al año 2006. Para hacerse una idea del desarrollo exponencial de esta herramienta, baste mencionar que en enero de 2010 sólo la versión en inglés de Wikipedia contaba con más de 3 millones de artículos y era consultada 10 millones de veces... cada hora. (NdT)

⁷ Tal como advierte el autor, esta proyección ha resultado ser algo exagerada. En 2010 la cantidad de usuarios de internet en todo el mundo se estima en unos dos mil millones de personas, y todo indica que en pocos años esta cifra alcanzará un límite más o menos inamovible, determinado por la misma estructura social capitalista: la mayor parte de la población mundial *debe* necesariamente carecer de acceso a la tecnología en tanto dispone a duras penas de los medios para una subsistencia precaria. (NdT)

⁸ Jacques Guigou y Jacques Wajnsztein, op. cit., p. 134.